

*PAULA KOLONITZ: TRAVEL LITERATURE
FROM A FEMININE VIEW*

MARINA MARTÍNEZ ANDRADE

ORCID.ORG/0000-0002-6811-4456

Universidad Autónoma Metropolitana

Unidad Iztapalapa

Departamento de Filosofía

marinamr@aol.com

Abstract: *Paula Kolonitz, an Austrian noble, one of Carlota's ladies-in-waiting and the only woman traveling on the Novara, was one of the Europeans who accompanied Maximilian during the time he governed Mexico and who wrote the memoirs of this trip and the Second Mexican Empire. She gathered her experiences in *Viaje a México en 1864* (Vienna, 1867). Such edition preceded Maximilian's execution, which turned it into an invaluable source for those interested in this part of Mexican history, and in the travel literature written from a feminine view.*

KEYWORDS: SECOND MEXICAN EMPIRE; FRIGATE NOVARA; SHIP THÉMIS; TRANSATLANTIC CROSSING; WOMAN AND FAMILY.

RECEPTION: 13/12/2016

ACCEPTANCE: 22/08/2017

PAULA KOLONITZ: LA LITERATURA DE VIAJES EN CLAVE FEMENINA

MARINA MARTÍNEZ ANDRADE

ORCID.ORG/0000-0002-6811-4456

Universidad Autónoma Metropolitana

Unidad Iztapalapa

Departamento de Filosofía

marinamr@aol.com

Resumen: Paula Kolonitz, noble austriaca, integrante de las damas de compañía de Carlota y la única mujer en la *Novara*, fue una de los europeos acompañantes de Maximiliano durante el periodo en el cual gobernó a México y que escribieron las memorias de este viaje y del Segundo Imperio Mexicano. Pergeñó su experiencia en *Viaje a México en 1864* (Viena, 1867). Dicha edición precedió por escasos meses al fusilamiento de Maximiliano, lo cual la convirtió en una obligada fuente de consulta para los interesados en esta etapa de la historia mexicana, y en la literatura de viajes escrita en clave femenina.

PALABRAS CLAVE: SEGUNDO IMPERIO MEXICANO; LA FRAGATA *NOVARA*; NAVÍO *THEMIS*; TRAVESÍA TRASATLÁNTICA; MUJER Y FAMILIA.

RECEPCIÓN: 13/12/2016

ACEPTACIÓN: 22/08/2017

INTRODUCCIÓN

Se ha considerado que desde el comienzo la literatura de viajes fue territorio masculino donde se destaca la aventura, la audacia y el valor de los hombres; en contrapartida las mujeres se mantuvieron confinadas al hogar y a la vida sedentaria. Las propias mujeres, consciente o inconscientemente, tenían interiorizado el tópico sobre su inferioridad con respecto a los hombres para afrontar, por ejemplo, una aventura marítima o para expresar sus vivencias a través de la escritura.¹

La mayoría de las primeras mujeres que viajaron a América lo hicieron arropadas como esposas de funcionarios, colonos y altos funcionarios de la administración hispana. Posteriormente, hasta bien entrado el siglo XIX, las mujeres siguieron realizando viajes con fines diplomáticos, terapéuticos, de migración o simplemente por placer, como esposas, hijas o hermanas, siempre en compañía de algún miembro de la familia y bajo su estricta vigilancia.

No obstante, algunas de ellas, pocas en realidad, se lanzaron más allá de las fronteras permitidas y osaron traspasar los límites y espacios impuestos, superar desafíos y peligros, asumiendo con pasión sus propias convicciones y las travesías que debían realizar. De esta forma se aventuraron por las rutas atlánticas que unen los continentes europeo y americano.

La escritura de las viajeras aparece poco a poco y se manifiesta como práctica transgresora que va abriendo brechas en la exclusividad masculina del espacio público. Así, se construye una identidad femenina no limitada al espacio doméstico e interesada en los espacios de sociabilidad cultural que también contribuyeron a transformar los roles de género.²

1 “Por otra parte, las mujeres han asegurado su lugar como ciudadanas de la vida, del mundo y en la historia misma. A lo largo de la historia hay una relación entre el género y el poder que necesita ser estudiada, desarrollada, reescrita, puesto que la historia tradicional, antropocéntrica e universalizante, creó el mito del sexo débil, de la impotencia femenina y de su dependencia existencial de lo masculino” (Guardia, 2012: 25).

2 “Hacer a las mujeres visibles en la historia se convirtió en uno de los primeros objetivos de los estudios sobre las mujeres. Había que sacar a la luz las funciones que había desarrollado en las diferentes sociedades históricas, así como la consideración que tuvieron en ellas [...] comprender su lugar en la sociedad, su condición, sus papeles y su poder, su silencio y su palabra” (Andreo García y Guardia, 2002: 16).

Algunas mujeres se convirtieron en protagonistas y artífices de los procesos coloniales y de varios de sus capítulos de emancipación, dejando su impronta personal como un registro para la historia. Su escritura fue un proceso de reafirmación de su género y de su persona, así como de su visión del mundo, una perspectiva en clave femenina que trasciende el simple testimonio de la realidad que contemplaron. Al respecto comenta Sara Beatriz Guardia: “los textos de viajeras son expresión de la visión personal, social y generacional de las mujeres, espejos del proceso de cambio que experimentaron y del mundo que visitaron” (2012: 9).

VIAJEROS EXTRANJEROS A MÉXICO

El movimiento de Independencia en México permitió abrir el país a las miradas de los viajeros extranjeros que, siguiendo las huellas del Gran Viajero, el Barón de Humboldt,³ se lanzaron a la aventura, pese a los riesgos y los peligros, pues, por un lado, a la independencia aparentemente consolidada en 1821, después de 11 años de lucha insurgente contra España, siguieron 15 años de guerras fratricidas y enfrentamientos armados con algunas potencias extranjeras y, por otro, se carecía de la infraestructura para recibirlos: ni carreteras ni mesones, ni higiene ni vigilancia segura, por lo que muchas veces viajar por el país podría significar perder la vida y la fortuna.

La afluencia de visitantes se incrementó notablemente en la década de 1840 gracias al descubrimiento del ferrocarril y del empleo del vapor, se facilitó y agilizó los traslados, además de ser considerados menos peligrosos. Los viajeros procedían principalmente de Europa y de Estados Unidos y formaban un grupo variopinto de aventureros, negociantes, políticos, especuladores, cazadores de fortuna, militares, artistas y científicos, predominando los hombres sobre las mujeres.

Hombres y mujeres, escribieron sobre sus impresiones de viaje, enfatizando lo nuevo, lo extraño, lo diferente, lo exótico que encontraron a su paso, daban cuenta de la geografía y riquezas de lo que consideraban el lejano y desconocido “por allá”, en contraposición al “por acá” de su propio mundo. Su mirada se dirigía del centro a

3 “[...] el sabio alemán Alexander von Humboldt, entre marzo de 1803 y febrero de 1804, junto con su compañero Aimé Bonpland, realizó diversas expediciones por el centro y sur del país, orientadas especialmente a visitar las principales zonas mineras. El resultado de esas expediciones fue el *Ensayo Político sobre el reino de la Nueva España*, obra que constituye un compendio del saber de su tiempo, tanto en el campo de las ciencias naturales como de las sociales” (Von Wobeser, 2012: 162).

la periferia. Para casi todos ellos los mexicanos eran los otros, los raros, los diferentes, los semisalvajes; obviamente prejuicios limitantes de índole racial, cultural, social, histórica y política interferían en su observación. Estos viajeros tuvieron oportunidad de conocer múltiples aspectos de la realidad mexicana, aunque su visión eurocéntrica no cambió o lo hizo muy poco.

Sin embargo, al regresar a sus países de origen difundieron sus escritos, o bien sus testimonios pictóricos y más tarde, fotográficos, que contribuyeron en su momento a mantener viva la curiosidad por el país visitado y actualmente constituyen importantes fuentes de conocimiento histórico y, en muchos casos, las únicas referencias sobre la temática que muestran.⁴

VIAJEROS EN EL SEGUNDO IMPERIO

Una nueva oleada de viajeros llegó a México en la década de 1860, con motivo de la instauración del Segundo Imperio en tierras mexicanas; cuando Maximiliano y Carlota abandonaron Miramar para ceñirse la corona de Moctezuma. Fernando Maximiliano, archiduque de Austria, aceptó el ofrecimiento que un grupo de conservadores mexicanos le hizo para ocupar el trono de México y creyó que las firmas mostradas ante él, por una comisión que lo visitó en el castillo de Miramar, plasaban totalmente los deseos del pueblo mexicano de tenerlo al frente del gobierno como emperador.

El imperio de Maximiliano, llamado también Segundo Imperio Mexicano, abarcó de 1864 a 1867, y fue resultado de la Segunda Intervención Francesa en México. Antes de embarcarse en esta aventura, Maximiliano renunció a sus derechos sobre la corona de Austria, al firmar un acuerdo con su hermano Francisco José. Asimismo, signó los tratados de Miramar con Napoleón III, mediante los cuales éste respaldaría el imperio del austriaco durante seis años, con 25 000 soldados que paulatinamente se irían reduciendo; a su vez, el Segundo Imperio Mexicano se comprometía a pagar los gastos que se crearan por motivo de la intervención, además de reconocer todas

⁴ “Por supuesto los visitantes extranjeros contemplaron la realidad mexicana con una óptica distinta a la de los nacionales, pues su interés captaba aquellos aspectos que les resultaban exóticos, distintos u opuestos, de tal modo que esa fijación contribuyó a construir las representaciones que hoy en día simbolizan lo mexicano, como las pirámides, el maguey, los volcanes y el indio con sombrero” (Von Wobeser, 2012: 162).

las deudas de los acreedores franceses. Era una condición que el Segundo Imperio debía seguir una línea liberal.

El imperio fue percibido por varios sectores de la sociedad mexicana como un momento lleno de posibilidades que traería un aire nuevo al país.⁵ Las comunidades indígenas sufrían un proceso de desgaste desde las Reformas Borbónicas, tanto por el ataque a la propiedad comunal como por la pérdida de los derechos tradicionales —proceso que se había acelerado con la promulgación de las leyes de Reforma— y la llegada de Maximiliano se presentaba como una oportunidad para reestructurar sus relaciones con el poder (Pani, 1998: 579-580).

Maximiliano y Carlota partieron de Miramar a México acompañados de un nutrido séquito de cortesanos, colaboradores políticos, ayudantes y damas de compañía de la emperatriz. Embarcaron el 14 de abril de 1864 a bordo de la fragata austriaca La Novara, seguida del navío francés Themis que fue destinado por Napoleón III para apoyar el viaje en caso necesario.

Varios de estos viajeros, a los que se sumaron otros más adelante, escribieron sus memorias del viaje y del Segundo Imperio Mexicano, lo que abrió un abanico de miradas sobre este acontecimiento y sobre el país al que arribaron para ejercer su dominio. Entre ellos Samuel Basch (1870), médico particular del emperador que redactó sus *Recuerdos de México. Memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano (1866 a 1867)*; Alberto Hans (1962), autor de *Querétaro. Memorias de un oficial del emperador Maximiliano*; José Luis Blasio, escritor de *Maximiliano íntimo. El emperador Maximiliano y su corte. Memorias de un secretario particular* (1956); y Carl Khevenhüller (1989), de *Maximiliano en México. Diario del príncipe Carl Khevenhüller 1864-1867*; por su parte, Wilhelm Knechtel (1906-1908), pergeñó sus *Apuntes manuscritos de mis impresiones y experiencias personales en México entre 1864 y 1867*.

La única mujer que viajó en La Novara y escribió acerca de ello fue Paula Kolonitz (1867), cuyas memorias se titulan *Un viaje a México en 1864*. A su visión, más tarde se sumaron la de Agnes de Salm-Salm con *Querétaro. Apuntes del diario de la princesa*

5 “Al emperador también le preocupaban la pobreza de las comunidades rurales, la situación de los jornaleros en las haciendas, y sobre todo la violencia desestabilizadora y la guerra civil: a la llegada de los emperadores, gran parte de las poblaciones indígenas estaban levantadas en armas —apaches, yaquis, mayos, coras en el norte y mayas en Yucatán. Para aliviar esta situación, el gobierno imperial echó a andar una serie de medidas que conformaron en concreto el ‘proyecto indigenista’ del segundo imperio” (Pani, 1998: 581).

Agnes de Salm-Salm (1869), y *Diez años de mi vida 1862-1872. Estados Unidos, México, Europa* (1972). Y la de Sara Yorke Stevenson con *Maximilian in Mexico. Reminiscences of the French Intervention 1862-1867* (1899).⁶

Entre estas viajeras destaca Paula Kolonitz —personaje sobre el cual gira el presente trabajo— quien era una noble austriaca, canonesa de la orden de Saboya, soltera, de unos treinta y tantos años. Vino a México como parte del séquito de Maximiliano y Carlota. Aunque debía regresar a Europa después de tocar costas mexicanas, se quedó durante seis meses, experiencia sobre la cual pergeñó sus memorias que tituló *Viaje a México en 1864*, publicadas por vez primera en 1867, en Viena, bajo el título *Un voyage au Mexique 1864*, una traducción de este libro al italiano apareció un año después en Florencia, 1868, y al año siguiente, la primera edición inglesa, en Londres, 1869 (Frost, 1977: 603). Que su edición precediera por escasos meses al fusilamiento de Maximiliano, convirtió este breve relato; primero, en un libro de alta demanda; y luego en obligada fuente de consulta para los interesados en esta etapa de la historia mexicana.

Los tres primeros capítulos de sus memorias los dedica al relato de la travesía trasatlántica; algunos lectores pasan esta sección por alto que, sin embargo, es importante porque en ella nos habla de cómo afronta los riesgos y vicisitudes del viaje y se va formando como escritora al conformar su discurso y la estructura de su relato. Obviamente Paula no viaja sola sino con la relativa compañía de los integrantes del séquito, pero es precisamente por medio de la escritura como a la larga logra singularizarse y afianzar su identidad.⁷

PAULA KOLONITZ EN MÉXICO

Maximiliano, Carlota y sus acompañantes partieron de Miramar, en Trieste, el 14 de abril de 1864. Una gran multitud —embargada por el dolor y la tristeza— fue a despedirlos. Los viajeros se embarcaron en la fragata austriaca La Novara acompañada

6 Las fechas de publicación aparecen al final de la referencia entre paréntesis. En algunos casos se consigna la fecha de la primera edición en México.

7 Mary Louise Pratt (1997: 25) ha señalado cómo la descripción viajera revela una buena dosis de construcción de autoidentidad, es decir, que el imaginario europeo se reproduce y afirma en lo que ella ha llamado un fenómeno de transculturación, a través de un proceso de mutua fertilización e influencia que se da entre las colonias y la metrópoli.

del navío francés Themis, escoltados por un gran número de embarcaciones que acudió a despedirlos. Después de 44 días de viaje contemplaron las costas del nuevo país, Paula comenta: “Y así aparecía ante nosotros América; aquel continente que, si en los primeros días de mi juventud imaginara siquiera pisar un día, me hubiera parecido un delirio” (Kolonitz, 1984: 57).

Los emperadores y su séquito llegaron a Veracruz el 28 de mayo de 1864, pero, en contraste con la cálida y emotiva despedida que se les dio en Trieste, aquí nadie salió a recibirlos. Se dice que por el miedo a la fiebre amarilla que hacía estragos entre nacionales y extranjeros. Con esta terrible situación Kolonitz inicia el relato de su estancia en México. Al respecto comenta: “Nuestras impresiones fueron dolorosísimas y nuestro corazón estaba angustiado. Sólo el emperador se conservó sereno, aunque su serenidad era sarcasmo. Parecía que tenía el deseo de burlarse de sí mismo con ingenio y sutileza, como él sabía hacerlo” (1984: 60).

Al caer la tarde llegan al puerto las autoridades de Veracruz y el general Juan Nepomuceno Almonte quien tuvo que desplazarse desde Orizaba donde los esperaba. Entonces empieza la recepción con salvas de cañonazos, luces desde los mástiles de los barcos y fuegos de bengala. El servicio de las damas austriacas de la corte de Carlota —al que Kolonitz pertenecía— ahí terminaba, pero las señoras mexicanas que debían sustituirlas no se presentaron.⁸

VIAJE A LA CAPITAL

Emprenden el viaje a la capital, tomando el corto trayecto que hace el ferrocarril y después a bordo de carrozas. Llegan a Córdoba y luego a Orizaba donde la situación cambia, reciben al emperador con gran entusiasmo. Los pueblos por los que pasaban estaban casi despoblados, en uno de ellos, la narradora tiene su primera visión de los indígenas que suscita en ella múltiples sentimientos.

En Puebla los acogen con la efusión y la gran cortesía de los mexicanos, que ella celebra. Puebla le parece una bella ciudad con sus infinitos campanarios y hermosas

8 Debido a esta situación, aunque las obligaciones de Paula Kolonitz terminaban oficialmente en ese momento, acompañó a la archiduquesa Carlota en el viaje a la capital, adonde arribaron el 12 de junio de 1864. Posteriormente, permaneció todavía cinco meses en el país, ya que partiría hasta el 17 de noviembre del mismo año. Esta estancia constituyó, según sus propias palabras, “el más bello recuerdo” de su vida.

casas. Tienen tiempo para visitar algunos lugares, pero sufre un desafortunado accidente, se disloca un pie que le ocasionará tribulaciones durante todo el viaje. Continúan su camino y llegan a Cholula, donde les dan un espléndido recibimiento.

La condesa Kolonitz era una gran lectora, había leído —entre otros libros—, el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* de Alejandro de Humboldt, la *Historia de la Conquista de México* de William H. Prescott,⁹ así como las cartas de madame Calderón de la Barca publicadas con el título *La vida en México durante una residencia de dos años* (1842),¹⁰ obras que influyeron en su escritura; tenía además un buen conocimiento de la historia de México, de la cual daba muestras siempre que tenía oportunidad.

9 “William Hickling Prescott (Salem [Massachusetts], 1796-Boston, 1861) poseía ya una reputación internacional como historiador cuando publicó en 1843, *Historia de la conquista de México* con un éxito inmediato. El libro consta de un prólogo en el que es de crucial importancia el tema de la raza como un factor explicativo de la historia. Los capítulos centrales los dedica a la narración de la Conquista y a un capítulo biográfico conclusivo sobre la personalidad de Hernán Cortés. Asimismo, reconoce muchos logros del pueblo que llamó los aztecas, admiraba sus leyes, su sistema de justicia, el orden de su sistema de gobierno [...] pero veía deficiencias en su religión, superstición, sacrificios humanos, canibalismo ritual; aseguraron su derrota”. Para Prescott, los aztecas eran asiáticos y, por ello, inferiores naturalmente a los españoles que, a pesar de sus propios defectos, sobre todo el fanatismo religioso, seguían siendo europeos y destinados, por tanto, por la Providencia a rescatar a otros pueblos de la “salvaje superstición” (Kagan, 2005: 1-2).

10 “Frances Erskine Inglis nació en Edimburgo en 1806. A la muerte de su padre, se trasladó junto con su madre a Boston, en los Estados Unidos, donde se adentró en los círculos sociales y en los intelectuales, estableciendo amistad con George Ticknor y con William Prescott. En casa de éste conoció a Ángel Calderón de la Barca con quien contrajo matrimonio. Calderón fue nombrado ministro plenipotenciario de España en México. Frances junto con él, permaneció por 2 años y 21 días en México, periodo en el cual escribió una serie de cartas para comunicar a sus familiares sus impresiones del país, sin intención de publicarlas. Una selección de dichas cartas fue publicada por Prescott. Posteriormente aparecieron simultáneamente en Londres y Boston, 1843, con el título *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*. Muy leído desde entonces. Se considera uno de los libros testimoniales más importantes sobre el México de las primeras décadas del siglo XIX y fuente imprescindible para el estudio de diversas ramas de la historia, la vida cotidiana, las mentalidades, la mujer, la familia y las costumbres entre otros temas” (Von Wobeser: 2012: 164-165).

Al visitar Cholula recuerda de los toltecas el mito de Quetzalcóatl y el posterior dominio de los aztecas, los cuales practicaron ahí sacrificios humanos. En su recorrido pasan por San Martín Texmelucan, donde sus compañeros hacen una excursión por los alrededores. Sin embargo, Kolonitz expresa: “A mí el pie me tenía encerrada en casa” (1984: 83). Desde la posada de Río Frío contempla por vez primera el cuadro “estupendo y solemne” del Valle de México.

Pero Paula también señala los problemas que observa en México, como lo hace al llegar a la región de los lagos, cuya devastación junto con la de los bosques, lamenta y adjudica a los españoles: “Los españoles fueron siempre enemigos de las florestas y de los bosques. Sus devastadoras manos pasaron también por aquí, causando grandes daños a la irrigación del valle” (1984: 84).

ARRIBO A LA CIUDAD DE MÉXICO

Arriban por fin a la Ciudad de México, la cual parece encantadora e imponente, pero presenta las huellas de la devastación de la Guerra Civil. Aunque piensa que, si las condiciones fuesen normales y se gozara de los efectos de la paz “aumentándose el comercio, las fábricas, la industria, el bienestar moral y material, podría convertirse en algo tan maravilloso” (Kolonitz, 1984: 85), que se podría comparar con París o San Petersburgo.

La pareja imperial llegó a la ciudad el 7 de junio, visitando en primer lugar el santuario de Santa María de Guadalupe. Ambos estaban muy contentos de su viaje, todo les encantaba y parecía excelente. Su entrada triunfal a la ciudad fue el 12 de junio y son recibidos por una gran y respetuosa multitud. Kolonitz percibe a los mexicanos con asombro, los ve nuevos y extraños.

Paula y su amiga llegaron con tiempo al Palacio de Gobierno ahora Palacio Imperial, situado en la Plaza Mayor, y tuvieron oportunidad de observar el caos que ahí reinaba al no haber terminado los trabajos de restauración.¹¹ Antes de que llegaran Maximiliano y Carlota fueron invitados por algunos señores mexicanos a visitar los

11 Paula siempre hablaba de su amiga con la que tuvo una profunda amistad durante el viaje y que se mantuvo durante la estancia de las dos en México y en el regreso a Austria, pero no menciona nunca su nombre en el texto. Gracias a Elsa Cecilia Frost (1977: 610), que hace referencia a diversas ediciones y textos sobre las *Memorias* de Kolonitz, encontré pistas para precisar que se trata de Melaine de Zichy, aristócrata austriaca de gran abolengo, que también formó parte del séquito real.

departamentos imperiales, pero les parecieron incómodos y faltos de buen gusto en los ornamentos, cada estancia parecía una galería, pero eran estrechas y bajas, además no había sala de recibir.

Los mexicanos —comenta Paula, al igual que otros viajeros extranjeros que ya lo habían hecho— no saben aprovechar los materiales que en abundancia ofrece el país, por ejemplo, el pórfido y las maderas preciosas. Lo mismo pasa en las casas particulares donde prefieren los productos europeos.

Por su parte, ellas se mostraban muy satisfechas, pero el personal del séquito se encontraba desagusto; se quejaban de que no tenían buenas condiciones ni buenos salarios, que esperaban mucho al venir al país y no tenían a quién recurrir. Algunos sirvientes mexicanos que trabajaban en el palacio se aprovechaban de ellos por lo que el descontento crecía más y más. Pero ellas se desafanan de ese asunto, pues según Paula: “tratamos de aprovechar del mejor modo posible nuestra estancia en el nuevo mundo” (Kolonitz, 1984: 97).

Kolonitz emplea diversos pronombres en su narración; evidentemente la primera persona sostiene el relato y la usa para expresar las impresiones, vivencias, comentarios, etcétera, que le producen las diversas situaciones que vive; con el nosotros-as también mantiene el relato que además de sí misma incluye, a veces, a los miembros del grupo con el que viaja o a los personajes que se van integrando en su escrito; también se refiere a sí misma y a la condesa de Zichy, en cuya compañía realiza gran parte de su viaje.

RECORRIENDO LA CIUDAD

Paula y su amiga se dedican a recorrer los lugares de interés de la ciudad y los atractivos que ésta ofrece. Nada escapa a la acuciosa observación de la narradora ni a sus profundos comentarios ni a sus sagaces críticas. Comienzan por la catedral, que le parece profusamente adornada, y siguen por San Carlos, El Colegio de Minería, el Paseo de Bucareli y demás. Considera a la Alameda como el paseo más bello de la Ciudad donde los franceses y los mexicanos se encuentran al regresar de sus ejercicios hípicas. Comenta al respecto que también las damas son apasionadas y valientes amazonas. Al paseo vespertino casi todos asisten. Los jinetes van vestidos a la usanza mexicana, describen sus ricos trajes y aditamentos. Las damas visten atavíos vespertinos, con grandes escotes y arreglos de flores.

Después de la hora del paseo las familias reciben y hacen visitas. Si hay compañía de ópera van al teatro, juegan a las cartas, se toca música y se organizan las famosas

tertulias en donde participan sobre todo los jóvenes. Ella piensa que toda la vida del mexicano lleva en sí el carácter del *dolce far niente*, y agrega “jamás los vi correr de prisa por las calles, jamás aprovechar su tiempo” (Kolonitz, 1984: 104). Si bien yo creo que para ser justos esto debe aplicarse especialmente a las clases privilegiadas.

Una de las acerbas, pero justas críticas que hace a los mexicanos, es el señalamiento de su corrupción, nepotismo y su afición al juego de azar: “La avidez del dinero es, en general, uno de los mayores defectos de los mexicanos; y sí por un lado son generosísimos, por no decir pródigos, no son ciertamente muy delicados en escoger los medios de obtenerlo” (Kolonitz, 1984: 111). Maximiliano trató de reorganizar el Estado, pero no lo consiguió, porque las personas generosas que atendieron a su llamado no tenían una idea exacta del verdadero trabajo y responsabilidad que esta tarea implicaba.¹²

La comida es un tópico que no puede faltar en los libros de viaje, aunque la narradora no le concede mucho espacio ni la contempla con fruición. En general, dice que —todas las clases consumen tortillas y frijoles y en muchas familias el pulque— que a ella no le agradó— y el chocolate. Además, gustan mucho del mole y los tamales, el plato más delicado del país. Considera, refiriéndose a ellas, que “la cocina mexicana poco se adapta a nuestro gusto y a nuestro estómago” (Kolonitz, 1984: 106).

KOLONITZ Y ZICHY CONTINÚAN SU RECORRIDO

Las dos mujeres continúan con su recorrido, ahora van al Castillo de Chapultepec a visitar el pabellón que habitarán Carlota y Maximiliano. Amante de la naturaleza como era, Kolonitz queda fascinada con los ahuehetes que forman el bosque, las flores, las mariposas y los pájaros; e igualmente con la vista del valle de México, descrita por todos los viajeros, desde Humboldt. Piensa que en este lugar el emperador encontrará el vigor y valor necesarios para los momentos difíciles.

Con el señor Mora, Paula y su amiga van a Tacubaya en un tranvía de caballos y visitan dos de las más hermosas casas de campo del lugar pertenecientes a las familias Baron y Escandón con las que entablan gran amistad. Eran estos dos de los hombres más ricos de México, el primero de origen inglés, quienes las trataron con

12 El príncipe Carl Khevenhüller, oficial del cuerpo de voluntarios austriacos, al observar que se establecía una relación casi “mágica” entre los emperadores y los indios con los que tenía contacto, exclamaba: “¡qué fácil sería gobernar a la gente de no ser canalla la llamada gente culta!” (Pani, 1998: 579).

gran benevolencia y cortesía. Kolonitz expresa que recordará siempre, especialmente a los Escandón, con profundo afecto y gratitud por todo lo que hicieron por ellas durante su estancia en México.

Por ese entonces se prepararon diversas fiestas y eventos en honor de sus majestades. La primera, una función de gala de la ópera, a la que los emperadores llegaron con escrupulosa exactitud según la norma austriaca y, los mexicanos tarde, como siempre, porque “no saben lo que es la puntualidad” (Kolonitz, 1984: 132), lo que para ella resultó un poco cómico. Días después hubo un baile en el Teatro Principal, que resultó muy divertido danzando las habaneras que estaban de moda.

Sin embargo, considera que el evento más comentado fue el gran baile ofrecido por el general Francisco Achille Bazaine, que causó gran indignación por las invitaciones y requisitos que exigieron para asistir, en los que se prescribieron, entre otras arbitrariedades, hasta los vestidos con que los invitados debían presentarse. Los franceses mostraban mala conducta con los mexicanos y Maximiliano tenía muchas quejas de ellos, por su prepotencia y groserías. Sin embargo, con su rigor y severas y enérgicas medidas los franceses habían podido contener a los malandrines que asolaban la ciudad y alejarlos de ella.

LA INSEGURIDAD EN LA CAPITAL

Como se rumoraba un atentado contra la vida de Carlota, Paula lo desmiente con energía: “Todo lo que se dice de un atentado contra su vida no pasa de un cuento que, sin embargo, ha recorrido México y Europa, pero que son sólo sueños e invenciones” (Kolonitz, 1984: 134-135).

A causa de la inseguridad, nuestra viajera y su amiga no podían ir lejos ni siquiera a Cuernavaca. Así que visitan el convento de Los Remedios y el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, al cual se llegaba por medio de un ferrocarril de vapor. Hacen una excursión al Pedregal, que entonces era un vastísimo campo de lava, pero antes van a San Ángel, un lugar que a la narradora le impresiona tanto que lamenta su incapacidad para describir un cuadro tan hermoso con el lápiz o el pincel.

Cada vez ven menos a sus majestades, pero ella está pendiente de los sucesos importantes; da noticia de que Maximiliano emprenderá un viaje por el interior del país para hacerse una idea más clara de los hombres y las cosas, y dejará a Carlota como regente en su ausencia, quien irá a vivir al palacio del general Juan Nepomuceno

Almonte.¹³ Las damas de la emperatriz, que eran casadas como en Francia, serán sus acompañantes en paseos y visitas a las instituciones públicas. Para Kolonitz, “La gran franqueza y lealtad [de Carlota] la gracia natural y seductora de su ser, la nobilísima dirección a la que había vuelto su espíritu [...] su amor a la justicia, a lo bello y a lo bueno, son trazos que sólo podían despertar en todos los que la conocían la más viva simpatía” (Kolonitz, 1984: 142).

PACHUCA Y REAL DEL MONTE

Después de haber festejado el onomástico de su amado monarca, Kolonitz y Zichy se dirigen a Pachuca y Real del Monte acompañadas del señor Baron, el señor Escandón y dos jóvenes franceses, uno de ellos sobrino de Chateaubriand. El camino no era bello ni seguro y por ello los hombres iban armados y llevaban una escolta de zuavos. Pachuca le parece una ciudad fea. Visitan las minas de plata cedidas a la *English Mining Company*, y son atendidos por la familia Auld con gran hospitalidad. A la condesa todo le parece agradable.

De las minas de plata se dirigen a las haciendas donde se les muestra el proceso para obtenerla. Acompañados por la guardia rural se encaminan a Real del Monte, donde ella vuelve a advertir huellas de la devastación de los bosques que hicieron los españoles. Kolonitz piensa que el frío intenso del lugar lo semeja a un paisaje del todo europeo comparable a un bello poblado de los Alpes. Visitan la cascada de Regla y la hacienda de San Miguel, pero el temor a los asaltos los hace apresurar el regreso.

A su regreso, las damas se hospedan en casa de la familia Escandón en la calle de Puente de San Francisco. Visitan el árbol de la Noche Triste que a Kolonitz le hace recordar las hazañas de Cortés, Alvarado y doña Marina, realizando un buen recorrido por la historia antigua de México, y destacando el genio de Cortés que, pese a la derrota, le permitió vencer y dominar a los aztecas.

Cada vez crece en Paula y su amiga el amor y el interés por México: “Con nuestra larga estancia en este país encantador, crecían en nosotros el amor y el interés por México.

13 Maximiliano realizó cuatro viajes por el interior del país, entre 1864 y 1867, con el objetivo de conocer y legitimar su imperio. Dichos viajes no se han estudiado a fondo y, por tanto, han dado lugar a varias especulaciones. El primer viaje lo realizó casi tres meses después de su arribo al país y se considera que fue con la intención de dar un golpe de Estado liberal. Durante el segundo, tercero y cuarto viajes, recorrió el país con la intención de gobernar *in situ* (Cfr. Ratz y Gómez Tepexicuapan, 2013).

A dondequiera que fuésemos, la naturaleza nos ofrecía nuevas bellezas y nuevas maravillas” (1984: 151). Con su grupo de amigos al que se suma el señor Auld continúan sus paseos por bellos lugares. El señor Baron los lleva a una de sus haciendas, donde les hacen un espléndido recibimiento y los indios cantan y bailan el popular jarabe.

Las semanas pasan rápido, grandes lluvias e inundaciones interrumpen la comunicación entre Puebla y Córdoba, lo que según Kolonitz les impide fijar la fecha de su regreso a Europa. A propósito del viaje de Maximiliano comenta que al enfermarse éste en Irapuato, no pudo proseguir su viaje, por lo que Guadalajara se quedó con todo listo para recibirlo. Agrega que en la capital se le extrañaba y surgieron rumores sobre su ausencia, porque había muchos problemas que reclamaban solución, sobre todo de violencia, robos y ataques de guerrillas.

CELEBRACIÓN DE LA INDEPENDENCIA

En los primeros días de septiembre se celebraron las fiestas de la Independencia Mexicana. Ante la ausencia de Maximiliano, la emperatriz debía presidirlas, pero había un aire de descontento y desánimo en la población, por lo que, debido a esta situación, no es de extrañar que el teatro donde se celebraba el acontecimiento estuviera vacío; un gran aguacero fue el pretexto para no asistir.

México, según la narradora, no supo mostrarse como un país digno de su Independencia pese a tanto costo de vidas, sin que esto signifique absolver al gobierno de España. A partir de este acontecimiento hace un largo recorrido por la historia de México, se detiene en la Independencia, la lucha de Hidalgo, de Morelos, la proclamación de la Independencia en 1921, el imperio de Iturbide, la rebelión de Antonio López de Santa Anna y demás, hasta llegar a la invasión de Estados Unidos en 1846 y los inicios de la Intervención francesa. Hace un comentario al respecto de impresionante actualidad:

La historia de la República mexicana no es sino una enumeración incesante, melancólica y funesta, de una serie de revoluciones y guerras civiles y de pronunciamientos contra los presidentes [*sic*] de furor y de rabia por la autoridad y la riqueza del individuo a cargo del todo; una historia lamentable de ruina y destrucción de las riquezas materiales, de la dignidad que es la base de todas las naciones, de toda sabiduría y de toda educación y cultura; es la historia de una desmedida corrupción en todos los ramos de la administración y de la justicia. (1984: 164-165)

TERRIBLE SISMO EN LA CAPITAL

Unos cuantos días más tarde, relata alarmada, vivieron un fenómeno de la naturaleza que para los nórdicos es rarísimo: se sintió un fuerte temblor que llenó de pavor aun a los habitantes que ya estaban acostumbrados. En la ciudad no causó gran daño, pero sí en Puebla, Orizaba, Jalapa, Oaxaca y otros lugares (Kolonitz, 1984).

Las lluvias y lo intransitable del camino a Veracruz, frustraron sus proyectos de viajar a La Habana y Nueva York, para después ir a las Cataratas del Niágara. Y de esta forma llegó la hora de la separación, idea que les dolía cada día más y comienzan los adioses, yendo en primer lugar a despedirse de sus majestades. A principios de noviembre las dos condesas piensan seriamente en su partida, a pesar de las pésimas condiciones del camino a Córdoba, estaban decididas incluso a ir a pie o a caballo para alcanzar el vapor francés que partiría de Veracruz a Saint Nazaire. Pero antes, hacen una excursión a las ruinas del convento del Desierto de los Leones donde gozan de los árboles y la espléndida vegetación. Comenta que sus amigos en México les pedían que se quedaran todo el invierno en el país, pero pudieron resistirse a la tentación.

MÁS FIESTA QUE DEVOCIÓN

Kolonitz alcanza a pasar el día de Todos Santos en la capital y queda muy sorprendida al ver que es un día de fiesta más que de devoción. Inclusive el mundo elegante llega al atardecer y se mezcla con los plebeyos para festejarlo. Piensa que los mexicanos son poco piadosos y critica la forma en que viven la religión:

Nada hay menos devoto que este espectáculo, pero cuando en la iglesia suena la campanilla todos inclinan la cabeza y con una indecible prontitud se hacen miles de cruces llevándose las manos a la frente, a la boca y al pecho. Un sacerdote francés me contaba que un día, cuando vio por la primera vez desde el altar todo aquel agitarse y contorsionarse, le fue necesario un gran esfuerzo para no prorrumpir en carcajadas. (1984: 173)

Antes de dejar el país tienen despedidas al por mayor de los amigos que las quieren mucho. Por fin, el 8 o 9 de noviembre salen de la casa de los Escandón y se dirigen al Hotel de Iturbide para tomar la diligencia: “Con el corazón lleno de dolor y melancolía, —expresa— y deseando felicidad a los amigos de los que debíamos separarnos, emprendimos el viaje” (1984: 174).

TEMAS CLAVE

Paula Kolonitz, en sus memorias, retrata, desde su perspectiva, la vida nacional de mediados del siglo XIX en un momento en que México se debatía entre el Imperio y la República. Son muchos los temas tratados en el libro, pero me parecen de sumo interés tres de ellos que a continuación destaco: 1) los indígenas y su lugar dentro de la sociedad mexicana; 2) situación de la mujer y la familia, y 3) Maximiliano y su presencia en México.

Los indígenas y su lugar dentro de la sociedad

A todos los viajeros extranjeros que vinieron a México durante el Segundo Imperio, les llamó poderosamente la atención la imagen del indio mexicano. Kolonitz no escapa a este presupuesto, queda totalmente cautivada por la imagen de los indios desde que los contempla por primera vez en el camino de Veracruz a México, cuando salen de sus chozas a observar a los forasteros:

Sorprendidos y curiosos, con aquella mirada dulce y melancólica, nos veían los macilentos y amarillentos indios. Con frecuencia los hombres tenían entre los brazos a los niños y las mujeres acariciaban en el regazo alguna gallinita, sentados uno junto al otro. La impresión que causan estos pobres seres inspira simpatía y compasión. En ellos se ve la marca de la pobreza y la resignación. (1984: 64-65)

Con el arribo del emperador a la capital, los indios se agolpaban para verlo. La condesa pensaba que la ingenuidad y los atavismos de los indios, como el mito de Quetzalcóatl, dieron origen a la cálida y entusiasta recepción que prodigaron a los emperadores, porque en Maximiliano “veían al hombre sabio que había cruzado los mares para traerles la felicidad y esplendor y sacarlos de su miserable condición” (1984: 92).

En la Alameda, uno de los paseos preferidos de la condesa, contemplaba, mezclados con los pregoneros y aguadores, a los indios que corrían semidesnudos, vendiendo una variedad impresionante de cosas maravillosas: pájaros, papagayos, frutas, dulces, figuras de cera, objetos de oro y plata y demás. Comenta: “Entre estas cosas maravillosas, lo más maravilloso de todo son ellos mismos con sus vestidos adamíticos y su descarnada figura” (1984: 114-115).

Los indios —dice— son católicos fervientes, aunque en sus nuevas creencias se mezclan las supersticiones heredadas de sus padres. El clero, que goza de gran influencia, los mantiene sumidos en la más crasa ignorancia. Los extranjeros —entre ellos Kolonitz— ven a los indios como seres simpáticos y exóticos (1984: 120). Aunque ella

tiene una visión utópica de los indígenas, no deja de observar los problemas que los aquejan, especialmente su aislamiento geográfico y su marginación social y cultural.

En la fiesta que les ofrece el señor Baron en una de sus haciendas, los indios bailan el jarabe. Kolonitz observa a uno de ellos que bailaba con dos grandes cuchillos atados a las piernas, con las puntas una contra la otra, lo que le parece una prueba de gran habilidad, pero nada estético. Sin embargo —explica— “Tuve aquí muchas oportunidades para estudiar los tipos indígenas, cuya variedad es infinita. Todos ellos tienen la marca de la dulzura y de la apatía” (1984: 153).

Si bien, Kolonitz nunca abandona su eurocentrismo, habla con verdadero interés y preocupación por los indios, así escribe: “Hay en la naturaleza del indio americano algo de inquieto, de angustioso y de meditabundo. Instintivamente se recoge en sí mismo como si quisiera huir al contacto de la mano extranjera, aunque sea la mano que lo llama con las formas de la civilización, bajo cuyo peso parece que se ha aniquilado y se extingue” (1984: 118). Por ello, en su texto parece invitar a enfrentarse con la problemática del indio vivo, con su historia y con la situación que ella advirtió durante su estancia.

Mujer y familia

Durante el siglo XIX la familia mexicana se constituye como una de las instituciones más importantes de la sociedad, estrechamente vinculada con la vida económica y política.¹⁴ La mujer tenía como misión principal servir al marido, procrear a los hijos y encargarse de su educación. Kolonitz en su texto pinta imágenes de la vida de las mujeres y los niños en la familia, corroborando esta situación. No obstante, retrata sobre todo a las clases altas y medias, que son con las que convivió y tuvo oportunidad de observar de cerca.

Las mujeres —relata— se casan a los catorce o quince años y tienen de quince a dieciocho hijos, pese a que su constitución es delicadísima y no se hace nada por

14 “Durante el siglo XIX mexicano, la familia fue la institución más importante para la conservación de la riqueza, de la sangre y de la religión; por medio de ella se dan las alianzas matrimoniales y, por ende, el mantenimiento del poder, el linaje y la riqueza. En general, la clase alta fue la que más dinero y poder poseía dentro del ámbito social, pero la mujer siguió sufriendo los penares del momento histórico; la abnegación, las buenas costumbres y el porte eran considerados propios de su clase, por ello tenían que conservarlos a como diera lugar” (Bobadilla Quiroz, 2015: 1-2).

revigorizarla. Dejan a sus hijos bajo los cuidados de las muchachitas indias, y no con mujeres adultas y experimentadas; si bien ellas también intervienen en la educación de los niños, vigilan sus juegos, pero cometen el error de vestirlos y educarlos como si fueran adultos desde muy pequeños: “Casi en pañales la madre los lleva consigo a las seis de la tarde al Paseo, al cual todos ocurren [...] Los niños se sentaban medio desnudos en sus carrozas y ya desde entonces comenzaban los progenitores a sacrificar, con un irracional amor, la salud de esos niños a sus propias ambiciones” (1984: 106). De ahí que muchos de ellos mueran precozmente.

Las mexicanas carecen de preparación, situación que Kolonitz critica con dureza: “jamás les vi un libro en las manos, como no fuera el libro de las oraciones, ni jamás las vi ocupadas en algún trabajo. Si escriben, su letra muestra claramente que están poco acostumbradas a hacerlo; su ignorancia es completa y no tienen idea de lo que son la historia y la geografía” (1984: 107).

En cuanto a la vida en familia, ésta le parece valiosa y de lo más íntima. Las relaciones entre padres e hijos, entre hermanas y hermanos, son muy afectuosas. Cuando la mujer se casa, por lo general, el marido viene a formar parte de la familia de su mujer. Así las familias resultan muy profusas: ya que a los numerosos hijos se suman yernos, nietos, cuñados y cuñadas, primos y primas, etcétera. Todos viven en una sola casa y a expensas del jefe de familia. De manera —comenta la narradora— que las ideas se vuelven estrechas y el interés se circunscribe casi siempre a los sucesos de la vida doméstica (1984: 108).

Respecto a su moralidad, piensa que a veces se es injusto con las mexicanas, si bien casi siempre estas críticas provienen de los franceses al verse rechazados al cortejarlas. Ya que explica Kolonitz “aquel baluarte de parientes que las rodea poco las exponen a los peligros externos; casi todas me han parecido reservadas y especialmente esquivas a las exigencias de los extranjeros” (1984: 108). Aun así, algunas jóvenes caen en las insinuaciones de los franceses contra el parecer de sus madres, lo que produce choques dolorosos y hasta duelos entre los hermanos de las chicas y los invasores (1984: 109-110).

La época a la que la condesa se refiere, según lo describe, algunas chicas gozaban de más libertad, en cuanto al vestir, la coquetería y la ambición, en contraste con las etapas anteriores; se les permitía tener varios pretendientes con los cuales podían comunicarse libremente y por tanto, eran más libres en la selección de marido, contra la costumbre inveterada de imponerles uno. Por otra parte, si bien hay muchas discusiones sobre la belleza de las mujeres mexicanas, a la condesa le parece que gozan por derecho a la reputación de bellas, por la magnificencia de sus cabellos y dientes,

por el esplendor de sus grandes ojos aterciopelados y negros, por la pequeñez de sus manos y pies, además de que muchas son delicadas, suaves en su trato, nobles, sencillas y naturales, cualidades por las que declara sólo puede admirarlas. Desgraciadamente la flor de la juventud les dura poco y en la madurez se hacen demasiado gordas y lucen un oscuro bozo en su labio superior, bigote del que algunas señoras se muestran muy satisfechas (Kolonitz, 1984: 110).

No obstante, puede advertirse que, las pequeñas libertades que la mujer va alcanzando en esta etapa, es una imagen que corresponde al modelo de mujer predominante en el siglo XIX, que básicamente seguía el ejemplo de honradez, rectitud y respeto hacia el hombre y a la misma sociedad.

Visión de Maximiliano y su imperio

La condesa Kolonitz profesaba una gran admiración por Maximiliano, gracias a ello nos enteramos de muchas de las actividades del emperador, de los problemas que afronta y de las soluciones que busca para los mismos, problemas que Paula ve a fondo, aunque brevemente; no obstante, el tono frívolo y superficial de que se le acusa por algunas estudiosas.

Al recibimiento glacial que le dan a Maximiliano a su llegada a Veracruz, le siguen otros espléndidos y festivos por todos los pueblos que encuentran en el camino, sobre todo en Córdoba, Orizaba y especialmente en Puebla. Comenta la narradora que el emperador conquistaba a todos por la sencillez de sus modales y su amabilidad. Le parecía imposible a los mexicanos que el emperador fuera afable con todos, que a todos escuchara, que respondiera a éste o aquél con la suave magnanimidad que le era propia (1984: 87).

Y continúa diciendo que Maximiliano tenía fe en su capacidad para triunfar y en la firme voluntad de hacer el bien a todos los que se formaran a su lado, apoyándolo en la tarea de allanar los caminos que condujeran a la paz, al orden, a la justicia, a la riqueza y al bienestar (1984: 87). Pero ante esta situación ella se pregunta si ¿triunfará en esta obra? porque la esperada victoria del sur de los Estados Unidos de América necesaria para el buen éxito de la empresa de Maximiliano no ha sido obtenida, y el emperador, después de la entrada solemne y del recibimiento apoteósico hecho a la pareja imperial en la Ciudad de México, se enfrenta a múltiples problemas externos e internos.¹⁵

15 “Aunque Estados Unidos nunca aceptó el establecimiento y la consolidación del imperio de Maximiliano, la guerra por la que estaba pasando le impidió actuar directamente a favor del gobierno

En el orden externo: “La gran república del norte es el enemigo eternamente amenazador y poderoso. [...] Napoleón se retira ante el veto norteamericano y la propia Austria [...] también estremecida, se ve obligada a impedir la marcha de voluntarios”. ¿Y en el interior? “Bandas de guerrilleros recorren siempre el país y los triunfos de las fuerzas francesas no son sino victorias infructuosas a pesar de la constancia y el valor de la tropa a pesar de los muchos y enérgicos socorros del país, a pesar del contingente belga y del heroísmo de la legión austriaca” (1984: 88).

Pero el emperador sigue adelante con su incansable actividad: crea sabias leyes, abre camino a las empresas y a las instituciones más benéficas. Sin embargo, carece de los hombres capaces de defender, sostener y seguir su obra. Mas Paula considera que si ésta no llegara a triunfar, “no por eso el emperador Maximiliano tendría menos gloria o menos honor” (1984: 89).

Para colmo, como ya se ha mencionado, se le presentan al emperador muchos problemas con los franceses, en primer lugar, por la forma en que se conducían con los mexicanos, estigmatizando con jactancia los errores de éstos, y hablando del país y de sus habitantes con el más torpe desprecio. Además, los franceses que ocupaban cargos importantes en los ministerios civiles y militares, y dirigían los asuntos financieros y diplomáticos, continuamente recalaban con soberbia al emperador su dependencia del socorro y la ayuda francesa, y trataban con sumo rigor a los enemigos y facinerosos contra las ideas más conciliadoras de Maximiliano que esperaba organizar una milicia responsable y reconciliar a los partidos, si bien no triunfó en sus expectativas, como sí lo hicieron los franceses que recurrieron a la fuerza y a la horca.

Pero antes de solucionar a fondo las rivalidades entre franceses y mexicanos, piensa Kolonitz que estaban las condiciones materiales del país que ameritaban seria atención y precisaban de grandes mejoramientos, como la colonización del país y el aumento del número y la rapidez de las comunicaciones. Eran necesarias nuevas energías de hombres extranjeros movidos por el deseo de tentar fortuna en el nuevo mundo (1984: 134 y 138), para incrementar el comercio, la industria y el lujo. La construcción del ferrocarril entre Veracruz y México se había iniciado varios decenios atrás, pero seguía sin progresar, el emperador la concesionó a ricos especuladores

republicano y le obligó a declararse neutral. Al terminar la Guerra de Secesión, ya en completa libertad de acción y con un ejército fuerte se dispuso a cambiar su política. El presidente Andrew Johnson declaró su firme resolución de no consentir nunca en que la voluntad del pueblo mexicano opuesta a la intervención francesa fuera sofocada por las bayonetas francesas” (Díaz López, 2000: 627).

de América del Norte e Inglaterra, con la condición de que debía ser terminada en menos de cuatro años.

Maximiliano buscaba con cautela a los hombres que debían rodearlo, sobre todo a ministros y consejeros. Pero se enfrentó con la insuficiencia, el egoísmo, la pereza y la endémica corrupción, en lugar del sacrificio y la abnegación necesarios a la consecución de la obra. No obstante, los propios mexicanos pensaban que sólo los europeos podían iniciar la reorganización del país, veían con desprecio a los extranjeros que gozaban de la confianza de su majestad.

Kolonitz informa que el hombre de incansable actividad y absoluta abnegación que estaba junto al emperador y lo ayudaba a sentar las bases del nuevo imperio era el belga Eloín, seleccionado por el rey Leopoldo I para desempeñar esta misión; ayudó incansablemente en ella como consejero del monarca y jefe de su gabinete, pero como era altamente estimado por el Emperador, esto acarreó el odio y envidia de los mexicanos:

Eloín trabajaba desde las primeras horas del día hasta bien entrada la noche, desviándose por hacer el bien y evitar el mal [...] al que se decía devoto del emperador, le exigía escrupulosamente los mayores sacrificios. Además, mucho y sin miramientos condenaba todo lo que se oponía a la idea y al concepto de honestidad. La franqueza con la que definía y calificaba la indolencia, la astucia y la deslealtad mexicanas, le granjearon numerosos enemigos. (1984: 140)

Después de haber dictado importantes disposiciones en el orden de la reorganización del estado, Maximiliano tomó la resolución de hacer un viaje por el país, del que Paula Kolonitz da cuenta en el texto y al cual ya me he referido. También he destacado que al regreso de este viaje se encontró con múltiples problemas que clamaban solución, especialmente de violencia, robos, guerrillas y ataques a los viajeros.

No obstante, se pensaba que las cosas iban mejorando. La guerra en Estados Unidos se inclinaba en favor de los estados del sur, de los que México podía esperar el tratamiento de buen vecino. Muchos de los disidentes se habían sometido al emperador y las bandas de Juárez se hacían menos numerosas y más compactas las de Maximiliano, pero éste tenía grandes problemas con el alto clero que era uno de sus mayores enemigos.

Para la condesa y su amiga llegó la hora de regresar a Europa, situación que les dolía cada día más, pero era ineludible. Así que, al ir a despedirse de sus majestades, el emperador les encargó dijeran a su madre: “que no desconozco la dificultad de mi

tarea, pero asegúradle también que no me arrepiento de haber tomado tal resolución” (1984: 168-169).

Con esta visión optimista del emperador, aunque no exenta de problemas, se quedan las condesas. Desgraciadamente durante el viaje de regreso reciben noticias desalentadoras y aciagas, la narradora escribe llena de tristeza:¹⁶ “Lo deploro de todo corazón por la pareja imperial, por los amigos que buscaban una nueva tierra adoptiva y por la población del país, que conmigo no tuvo sino pruebas de afectuosa benevolencia y amistad” (1984: 187). El funesto y trágico fin del Segundo Imperio, la historia lo ha consignado. El 21 de junio de 1867 todo terminó, los liberales entraron a la capital y el imperio dejó de existir. Dos días antes, el 19 de junio a las siete de la mañana, Maximiliano había sido fusilado en Querétaro.

RECORRIDO AL REVÉS

Las dos mujeres emprenden su viaje de regreso a Europa. Las acompañan Bombelles y el mayor Bolelavsky hasta Veracruz, donde debía esperarlas la primera división de la legión belga. Así se cierra la órbita para completar la estructura circular del relato. El recorrido es justo al revés del que habían hecho para llegar a México.

Llegan a Puebla y en un breve paseo por la ciudad advierten los daños causados por el terremoto. Luego van a Orizaba y de ahí a Córdoba. Cambian de diligencia y les toca una muy alta e incómoda que las conduce por un camino verdaderamente inconcebible lleno de peligros. Se desesperan a tal grado que su compañera —de suyo tan equilibrada— prorrumpe en convulsiones y sollozos. La entrada a Córdoba la tienen que hacer a pie. En esta ciudad son atendidas cordialmente por una familia francesa.

Era tan vivo el deseo de llegar a Veracruz que soportan una jornada larga y fatigosa. En Camarón toman el ferrocarril y llegan a la *funesta* Veracruz por la noche. Pero ahí tienen que esperar cinco días, porque la Lousiane —su vapor de regreso— debía esperar la carga de varios millones de pesos que se había retrasado. Cuenta así que

16 La ejecución de Maximiliano, Miramón y Mejía tuvo lugar el 19 de junio de 1867 en el Cerro de las Campanas, sitio donde el primero cayó prisionero. Antes de morir, el emperador abrazó a sus dos generales, cedió el lugar de honor en el centro a Miramón y dijo “voy a morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de México. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva México!” (Díaz López, 2000: 630-631).

se la pasaban en el portal del hotel desde la mañana hasta la noche tomando nieve de limón para atenuar el calor y viendo el asedio de los zopilotes a los transeúntes.

Mas varios de sus amigos procuraban hacerles una estadía más agradable, entre ellos, los miembros de la legión belga que había llegado al puerto, y los oficiales de la Novara que les llevaban su banda de música. Asimismo, hacen un viaje a Medellín, un lugar de vegetación fascinante, en cuyos alrededores contemplan las plantaciones de algodón y caña de azúcar.

Sumida en el terror que le causa viajar otra vez por el mar, se embarca para el viaje de regreso. Las cabinas le parecen estrechas y faltas de aire. Angustiada, piensa que volverá para ella el tormento del mareo, la pena de las noches de insomnio: “en una palabra, las grandes y pequeñas molestias, las grandes y pequeñas miserias. Y aun así, después de tanto miedo y de tanta incertidumbre, era necesario aceptarlo casi alegremente, imponiéndome una imperturbabilidad forzada e inmutable para soportar todo más fácilmente” (1984: 181).

Al día siguiente se elevaron anclas. Ella, sagaz, observadora, da cuenta de los pasajeros que van en el vapor: empleados, militares y civiles, dos familias alemanas, algunos criollos y mexicanos, entre ellos Miramón a quien considera un hombre peligroso. Se hacen amigas del comandante Laurent, capitán del barco, con quien conversan sobre su familia y su historia personal.

En todo el trayecto sólo descienden una vez, en La Martinica, en Fort de France, y de ahí se dirigen a Saint Pierre, un bellissimo y agradable lugar, en un pequeño vapor; en éste iban muchos negros, mulatos y criollos, pero ahora a Kolonitz hasta las negras y mulatas le simpatizan. Visitan el Jardín Botánico de Saint Pierre que juzga de una belleza fascinante.

Después de esta etapa, siente el viaje más calmado y placentero. Relata que algunas hermanas de la caridad, que viajaban en el barco, cantan bellas melodías que le hacían sentir la presencia de Dios al escucharlas. El 14 de diciembre la Belle Isle estaba ante ellos y ya pueden ver las costas de Francia.

FINAL DEL VIAJE

El final del viaje es muy conmovedor, se producen en ella sentimientos encontrados: por un lado, piensa en aquellos lugares donde tanto había visto y gozado, así como en las gentiles personas que la recordaban y que jamás volvería a ver. Les desea paz, felicidad, potencia y riqueza; por otro, siente la alegría y excitación de volver a encontrarse con los suyos e imagina los encuentros y dulces alegrías domésticas que la esperan.

Cierra el texto con expresiones finales de paz y felicidad: “Este viaje es y será el más bello recuerdo de mi vida. ¡El mundo es todavía bello! Quien lo dude, que vaya y lo admire” (1984: 187). Valora agradecida la experiencia del viaje; con la que, sin estar plenamente consciente en ese momento, hace una aportación a los relatos de viajes y a la escritura de mujeres: una escritura en clave femenina.

BIBLIOGRAFÍA

- Andreo García, Juan y Sara Beatriz Guardia (eds. y comps.) (2002), *Historia de las mujeres en América Latina*, Perú/Murcia, Centro de Estudios La Mujer en la Historia de América Latina/Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y de América-Universidad de Murcia.
- Bobadilla Quiroz, Erika Leticia (2015), “La familia y la mujer mexicana en el siglo XIX”, *Mira*, octubre, disponible en [<http://www.revistamira.com.mx/2015/10/06>].
- Calderón de la Barca, Madame (1997), *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, en Felipe Teixidor, México, Porrúa, Sepan cuantos, 74.
- Díaz López, Lilia (2000), “El liberalismo militante” en *Historia general de México, etapa nacional*, México, El Colegio de México, pp. 583-631.
- Ette, Ottmar (2008), *Literatura en movimiento. Espacio y dinámica de una escritura transgresora de fronteras en Europa y América*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Frost, Elsa Cecilia (1977), “Habent sua fata libelli”, *Historia Mexicana*, vol. 26, núm. 4 [104], abril-junio, pp. 603-614.
- Guardia, Sara Beatriz (ed. y comp.) (2012), “Prólogo”, en Sara Beatriz Guardia (ed.), *Viajeras entre dos mundos*, Dourados, Universidade Federal da Grande Dourados, Centros de Estudios La Mujer en la Historia de América Latina, pp. 13-24.
- Humboldt, Alejandro de (1966), *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, prólogo, notas y anexos de Juan A. Ortega Medina, México, Porrúa, Sepan cuantos, 39.
- Kagan, Richard L. (2005), “La recuperación de un clásico”, *Revista de Libros. Segunda época*, núm. 99, marzo, pp. 5-6, disponible en [http://www.revistadelibros.com/articulo_imprimible.php?art=2452&+=articulos].
- Kolonitz, Paula (1984), *Un viaje a México en 1864*, traducción al italiano de Neftalí Beltrán, prólogo de Luis G. Zorrilla, ilustraciones de Antonio Barrera, México, Sep Setentas 291, Fondo de Cultura Económica, Lecturas Mexicanas, 41.

- León-Real Méndez, Nora Marisa y Blanca López de Mariscal (2016), *Exploratrices europeas. Relatos de viaje a México en el siglo XIX*, México, Bonilla Artigas Editores.
- Pani, Erika (1998), “¿‘Verdaderas figuras de Cooper’ o ‘pobres inditos infelices’? La política indigenista de Maximiliano”, *Historia Mexicana*, vol. 47, núm. 3 [187], enero-marzo, pp. 571-604.
- Pratt, Mary Louise (2011), *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Pratt, Mary Louise (1997), *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- Prescott, Guillermo Hickling (1970), *Historia de la conquista de Méjico, con un bosquejo preliminar de la civilización de los antiguos mejicanos y la vida del conquistador Hernando Cortés*, edición de Lucas Alamán, José Fernando Ramírez y Juan Antonio Ortega y Medina, México, Porrúa, Sepan cuantos, 150.
- Ramos Escandón, Carmen (1991), “Memoria de mujer. Concepción Lombardo de Miramón, testiga de sí misma”, en Ana Rosa Domenella y Nora Pasternac (eds.), *Las voces olvidadas. Antología crítica de narradoras mexicanas nacidas en el siglo XIX*, México, El Colegio de México, pp. 265-280.
- Ratz, Konrad y Amparo Gómez Tepexicuapan (2013), *Los viajes de Maximiliano en México (1864-1867)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Von Wobeser, Gisela (2012), “Testimonios escritos y pictóricos de viajeras extranjeras en México. Siglo XIX”, en Sara Beatriz Guardia (ed. y comp.), *Viajeras entre dos mundos*, Lima, Centro de Estudios de La Mujer en la Historia de América Latina Dourados, Universidade Federal da Grande Dourados, pp. 161-175.

Marina Martínez Andrade: Estudió la maestría en Letras de la UNAM y realizó el doctorado en Humanidades (Literatura) en la UAM Iztapalapa, donde labora desde 1981. Actualmente se desempeña como Profesora-Investigadora, Titular C, del Área de Literatura Hispanoamericana, Departamento de Filosofía y es miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Es autora de los libros *Algún día se dirá color cubano: vanguardia e identidad en la poesía de Nicolás Guillén* (2006) y *Poetas mexicanas en la primera mitad del siglo XX. El caso de Guadalupe (Pita) Amor* (2009). Sus líneas de investigación se centran en la Literatura mexicana del siglo XIX, la Literatura de viajes y la Lírica hispanoamericana de los siglos XIX y XX.

D.R.© Marina Martínez Andrade, Ciudad de México, enero-junio, 2018.